

843  
M.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 349  
R 68

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**"ALFONSO REYES"**  
**FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

Madrid, Imprenta de Antonio  
Marzo, San Hermenegildo,  
32 duplicado. Teléfono 1.977.



## ROLLO DE MANTECA

**D**URANTE muchos días consecutivos, pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordás en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea ó de tomar una resolución, andando sólo por costumbre y cayéndose muertos de fatiga en cuanto se paraban. La mayoría eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no habiendo hecho en su vida otra cosa que vivir de sus rentas, inclinábanse al peso del fusil, ó jóvenes voluntarios, impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente á huir ó acometer; y mezclados con ellos algunos veteranos aguerridos, restos de una división destrozada en un terrible combate: artilleros de uniforme

oscuro alineados con pistolas de varias procedencias, entre los cuales aparecía también algún brillante casco de un dragón tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los de infantería.

Compañías de tiradores francos, bautizadas con epítetos heroicos: «Los Vengadores de la Derrota», «Los Ciudadanos de la Tumba», «Los Compañeros de la Muerte» aparecían á su vez con aspecto de facinerosos, capitaneados por antiguos almacenistas de paños ó de cereales, bravos de ocasión, convertidos en jefes gracias á su dinero — cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes — cargados de armas, de abrigos y de galones, hablando con voz campanuda, proyectando planes de campaña y pretendiendo ser los únicos cimientos, el único sostén de la Francia agonizante cuyo peso moral gravitaba todo entero sobre sus hombros de fanfarrones; pero temían acaso hasta de sus propios soldados, gentes del bronce, con frecuencia valerosos, pero también foragidos y truhanes.

Dijose por entonces que los prusianos iban á entrar en Rouen.

La Guardia Nacional que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusi-

lando á veces á sus propios centinelas y aprestándose al combate cuando un gazapillo hacía crujir la hojarasca, se retiró á sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales en tres leguas á la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y su general tras ellos, desesperado, no pudiendo intentar nada con los jirones de un ejército deshecho, enloquecido también por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado á vencer y espantosamente vencido, á pesar de su bravura legendaria, iba mohino, entre dos de sus ayudantes, á pie.

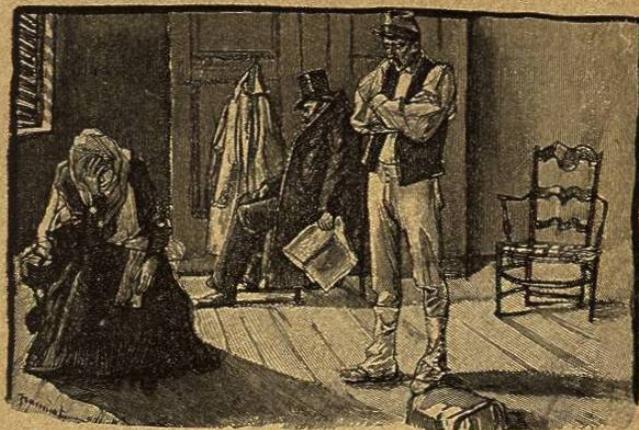
Luego, una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron la población. Muchos burgueses acomodados, envilecidos en el comercio, esperaban ansiosamente á los enemigos, con el temor de que juzgasen armas de combate los asadores ó los grandes cuchillos de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde, un transeunte, acobardado por aquel mortal silencio, se deslizaba rápidamente, adosado á las paredes.

La zozobra, la incertidumbre, les hicieron al fin desear que llegase de una vez el invasor.

En la tarde del día que siguió á la marcha de las tropas francesas, algunos hulanos, apareciendo sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por dónde, atravesaron á galope la ciudad. Luego una masa negra presentóse por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes aparecían por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron á una hora fija en la plaza del Ayuntamiento, y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces de mando, chilladas guturalmente, repercutían á lo largo de los edificios que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban á los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por «derecho de conquista». Los habitantes, á oscuras en sus viviendas, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden estableci-



do, cada vez que deja de existir la seguridad personal y todo lo que protegen las leyes de los hombres ó de la Naturaleza, se pone á merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas á todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto á los de sus bueyes y las vigas de sus viviendas, ó un ejército victorioso acuchillando á los que se defienden, haciendo á los demás prisioneros y saqueando en nombre de las armas vencedoras, ofreciendo sus preces á un Dios al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que

nos han enseñado á tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Acercábase á cada puerta un grupo de alemanes llamando y distribuyéndose así entre todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Veíanse obligados los vencidos á mostrarse atentos con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, restablecióse la calma. En muchas casas el oficial prusiano comía en la mesa con la familia. Algunos bien educados, ó por delicadeza, compadecían á Francia, manifestando que les repugnó verse obligados á tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Adulándoles, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir á los poderosos, de quienes dependían?

Obrar así fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los burgueses de Rouen, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre á la ciudad. Se razonaba—escudándose para ello en la caballería francesa—que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atencio-

nes, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo le trataban, que retenían todas las noches á *su alemán* de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco á poco su aspecto exterior. Los franceses no salían mucho aún, pero los soldados prusianos transitaban por las calles á todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules que arrastraban con arrogancia sus chafarotes por las aceras, no demostraban á los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña é intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos, muy lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar: eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando,

más le hace sufrir verse obligado á sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

A pesar de la sumisión aparente, á dos ó tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croiset, Dieppedalle ó Biessart, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada ó de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra ó lanzado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba esas oscuras venganzas, salvajes y legítimas represalias, desconocidos heroísmos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas campales y sin el estruendo glorioso.

Porque los odios que inspira el invasor arman siempre los brazos de algunos intrépidos, resignados á morir por una idea.

Pero como los vencedores, á pesar de haber sometido la ciudad al rigor de su disciplina inflexible, no habían cometido ninguna de las brutalidades que les atribuían, afirmando su fama de crueles en el curso de su marcha triunfal, se rehicieron los ánimos de los vencidos, y la conveniencia del negocio reinó de nuevo entre los comerciantes de la región. Algunos tenían planteados asuntos de importancia

en el Havre, ocupado todavía por el ejército francés, y se propusieron hacer una intentona para llegar á ese puerto, yendo en coche á Dieppe, donde podrían embarcar.

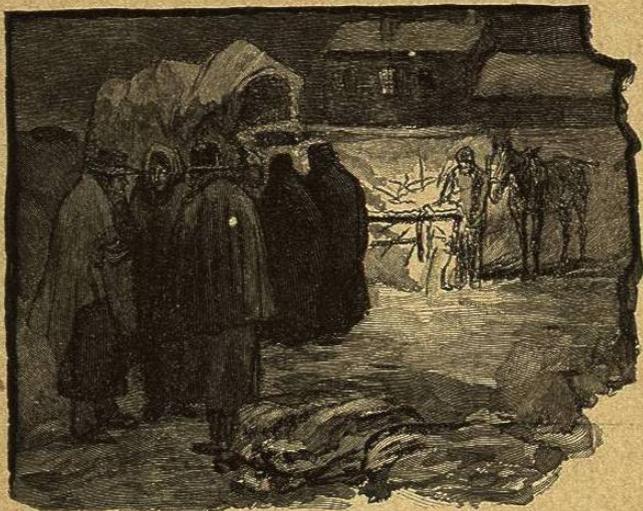
Aprovechando la influencia de los oficiales alemanes á los que trataban amistosamente, obtuvieron del general un salvoconducto para el viaje.

Así, pues, habíase prevenido una espaciosa diligencia de cuatro caballos para diez personas previamente inscritas en el establecimiento de un alquilador de coches, y se fijó la salida para un martes, muy temprano, evitando así la curiosidad y aglomeración de transeúntes.

Días antes, las heladas habían endurecido ya la tierra, y el lunes, á eso de las tres, densos nubarrones, empujados por un viento Norte, descargaron una tremenda nevada que duró toda la tarde y toda la noche.

A eso de las cuatro y media de la madrugada los viajeros se reunieron en el patio de la Posada Normanda, en cuyo patio debían tomar el coche.

Llegaban muertos de sueño y tiritando de frío, envueltos en sus mantas de viaje. Apenas se distinguían en la obscuridad, y la superposición de pesados abrigos, daba el aspecto, á todas aquellas personas, de sacerdotes barrigudos, vestidos con



sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; otro les abordó, y hablaron.

—Voy con mi mujer—dijo uno.

—Yo también.

—Y yo.

El primero añadió:

—No pensamos volver á Rouen, y si los prusianos se acercan al Havre, nos embarcaremos para Inglaterra.

Los tres eran de naturaleza semejante, y sin duda por eso tenían aspiraciones idénticas.

Aún estaba el coche sin enganchar. Un farolito,

llevado por un mozo de cuadra, de vez en cuando aparecía en una puerta oscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por la paja de sus camas, y se oía una voz de hombre, dirigiéndose á las bestias, á intervalos razonable ó blasfemadora. Un ligero rumor de cascabeles anunciaba el manejo de los arneses, cuyo rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, regulado por los movimientos de una bestia, cesando á veces y volviendo á producirse de pronto con una brusca sacudida, acompañado por el ruido seco de las herraduras al chocar en las piedras.

Cerróse de pronto la puerta. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban, permaneciendo inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de copos blancos desplegabase continuamente brillantada y temblorosa, cubriendo la tierra, sumergiéndolo todo en una espuma helada, y sólo se oía en el profundo silencio de la ciudad el roce vago, inexplicable, tenue de la nieve al caer, sensación más que ruido, entrecruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció, con su linterna, tirando de

un ronzal sujeto á la boca de un rocín que le seguía de mala gana. Lo arrimó á la lanza, enganchó los tiros, dió varias vueltas en torno, asegurando los arneses, haciéndolo todo con una sola mano, sin dejar el farol que llevaba en la otra. Cuando iba de nuevo al establo para sacar la segunda bestia, reparó en los inmóviles viajeros, blanqueados ya por la nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche y estarán resguardados al menos?

No se les había ocurrido, sin duda, y se precipitaron á ocupar sus asientos. Los tres maridos, habiendo instalado á sus mujeres en la parte anterior, subieron; después, otras formas, borrosas y arropadas, fueron instalándose como podían, sin hablar ni una palabra.

En el carruaje había una buena porción de paja, entre la cual se hundían los pies. Las señoras que habían entrado primero llevaban caloríferos de cobre con un carbón químico, y mientras los preparaban, charlaron á media voz, cambiando impresiones acerca del buen resultado de aquellos aparatos, repitiendo cosas que de puro sabidas debían tener olvidadas.

Por fin, una vez enganchados en la diligencia seis rocines en vez de cuatro, porque las dificulta-

des aumentaban con el mal tiempo, una voz desde el pescante preguntó:

—¿Han subido ya todos?

Otra contestó desde dentro:

—Sí; no falta ninguno.

Y el coche se puso en marcha.

Avanzaba lentamente, lentamente, á paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve, la caja entera crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resollaban, humeaban; y el gigantesco látigo del cochero restallaba sin reposo, volteaba en todos sentidos, arrollándose y desarrollándose como una delgada culebra, y azotando bruscamente la grupa de algún caballo que se agarraba entonces mejor, gracias á un esfuerzo más grande.

La claridad aumentaba imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero culto, natural de Rouen precisamente, había comparado á una lluvia de algodón, luego dejaron de caer. Un resplandor amarillento se filtraba entre los nubarrones pesados y oscuros, bajo cuya sombra resaltaba más la resplandeciente blancura del campo donde aparecían, ya una hilera de árboles cubiertos de blanquísima escarcha, ya una choza con una caperuza de nieve.

A la triste claridad de aurora lívida los viajeros empezaron á mirarse curiosamente.

Ocupando los mejores asientos de la parte anterior, dormitaban, uno frente á otro, el señor y la señora Loiseau, almacenistas de vinos en la calle de Grand Port.

Antiguo dependiente de un vinatero, hizo fortuna continuando por su cuenta el negocio que había sido la ruina de su principal. Vendiendo barato un vino malísimo á los taberneros rurales, adquirió fama de pícaro redomado, y era un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Tanto como sus bribonadas, comentábanse también sus agudezas, no siempre cultas, y sus bromas de todo género; nadie podía referirse á él, sin añadir como un estribillo necesario: «Ese Loiseau, es insubstituible».

De poca estatura, realizaba la pequeñez de su cuerpo con una barriga hinchada como un globo, al que servía de remate una faz arrebolada entre dos patillas canosas.

Alta, robusta, decidida, con mucha entereza en la voz y seguridad en sus juicios, era su mujer el orden, el cálculo aritmético de los negocios de la casa, mientras que Loiseau atraía con su actividad bulluciosa.

Junto á ellos, iban sentados en la diligencia, muy dignos, como vástagos de una casta elegida, el señor Carré-Lamadon y su esposa. Era el señor Carré-Lamadon un hombre acaudalado, enriquecido en la industria algodonera, dueño de tres fábricas, caballero de la Legión de honor y diputado provincial. Se mantuvo siempre contrario al Imperio, y capitaneaba un grupo de oposición tolerante, sin más objeto que hacerse valer sus condescendencias acerca del Gobierno, al cual había combatido siempre «con armas cortesés», que así calificaba él mismo su política. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los militares distinguidos, mozos y arrogantes, que iban de guarnición á Rouen.

Sentada frente á su esposo, junto á la señora de Loiseau, menuda, bonita, envuelta en su abrigo de pieles, contemplaba con ojos lastimosos el interior lamentable de la diligencia.

Inmediatamente á ellos hallábanse instalados el conde y la condesa Hubert de Breville, descendientes de uno de los más nobles y antiguos linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata, de gallardo continente, hacía lo posible para exagerar, con los artificios de su tocado, su natural semejanza con el rey Enrique IV, quien, según una leyenda gloriosa

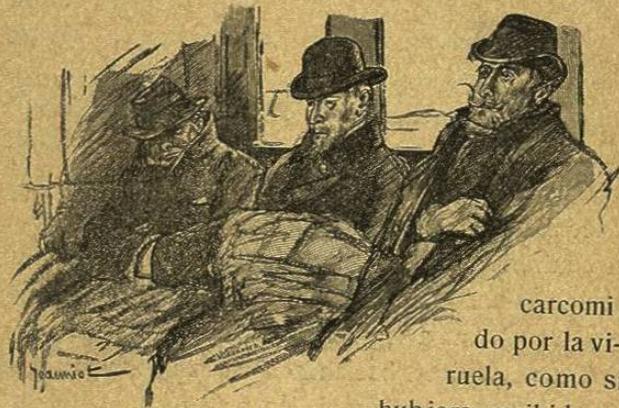
de la familia, gozó, dándole fruto de bendición, á una señora de Breville, cuyo marido fué, por esta honra singular, nombrado conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon, en la Diputación Provincial, representaba en el departamento al partido orleanista. Su enlace con la hija de un humilde consignatario de Nantes fué incomprensible, y continuaba pareciendo misterioso. Pero como la condesa lució desde un principio aristocráticas maneras, recibiendo en su casa con una distinción que se hizo proverbial, y hasta dió que decir sobre si estuvo en relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe, agasajáronla mucho las damas de más noble alcurnia, sus reuniones fueron las más brillantes y encopetadas, las únicas donde se conservaron tradiciones de rancia etiqueta, y en las cuales era difícil ser admitido.

Las posesiones de los Breville producían—al decir de las gentes—unos quinientos mil francos de renta.

Por una casualidad imprevista, las señoras de aquellos tres caballeros acaudalados, representantes de la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas que veneran la religión y los principios, hallábanse juntas á un mismo lado, cu-

vos otros dos asientos ocupaban dos monjas, que sin cesar hacían correr entre sus dedos las cuentas de los rosarios, desgranando *padre nuestros* y *avemarias*. Una era vieja, con el rostro descarnado,



carcomido por la vi-  
ruela, como si  
hubiera recibido en

pleña faz una perdigonada. La otra, muy endeble, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza primorosa y febril, consumida por la fe devoradora de las mártires y de las iluminadas.

Frente á las monjas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido en todas partes, era Cornudet, fiero demócrata y terror de las gentes respetables. Hacía veinte años que salpicaba su barba rubia con la cerveza de todos los cafés popu-

lares. Había derrochado en francachelas una regular fortuna que le dejó su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia el triunfo de la República, para obtener al fin el puesto merecido por los innumerables tragos que le impusieron sus ideas revolucionarias. El día 4 de Septiembre, al caer el Gobierno, á causa de un error—ó de una broma dispuesta intencionadamente—, creyóse nombrado prefecto; pero al ir á tomar posesión del cargo, los ordenanzas de la prefectura, únicos empleados que allí quedaban, se negaron á reconocer su autoridad, y eso le contrarió, hasta el punto de renunciar para siempre á sus ambiciones políticas. Buenazo, inofensivo y servicial, había organizado la defensa con un ardor incomparable, haciendo abrir zanjas en las llanuras, talando las arboledas próximas, poniendo cepos en todos los caminos; y al aproximarse los invasores, orgulloso de su obra, retiróse más que á paso hacia la ciudad. Luego, sin duda, supuso que su presencia sería más provechosa en el Havre, necesitado tal vez de nuevos atrincheramientos.

La mujer que á su lado iba era una de las que se llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que la valió el sobrenombre de *Rollo de manteca*. Bajita, regordeta, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las

falanges—como rosarios de salchichas gordas y enanas—, con una piel estirada y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante: de tal modo complacía su frescura, que todos la deseaban, creyéndola suave y apetitosa. Su rostro era como una manzanita colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar, donde se abrían dos ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y una boca provocativa, pequeña, húmeda, palpitante de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blancura.

Poseía también—á juicio de algunos— ciertas cualidades muy estimadas.

En cuanto la reconocieron las señoras que iban en la diligencia, comenzaron á murmurar, y las frases «vergüenza pública», «mujer prostituida», fueron pronunciadas con tal descaro, que la hicieron levantar la cabeza. Fijó en sus compañeros de viaje una mirada tan provocadora y arrogante, que impuso de pronto silencio, y todos bajaron la vista, excepto Loiseau, en cuyos ojos asomaba más deseo reprimido que disgusto exaltado.

Pronto la conversación se rehizo entre las tres damas, cuya recíproca simpatía se aumentaba por instantes con la presencia de la moza, convirtiéndose casi en intimidad. Creíanse obligadas á estre-

charse, á protegerse, á reunir su honradez de mujeres legales, contra la vendedora de amor, contra la desvergonzada que ofrecía sus atractivos á cambio de algún dinero; porque acostumbra el amor legal á ponerse muy fosco y malhumorado en presencia de un compañero libre.

También los tres hombres, agrupados por sus instintos conservadores en oposición á las ideas de Cornudet, hablaban de intereses con alardes fatuos y desdeñosos ofensivos para los pobres. El conde Hubert hacía relación de las pérdidas que le ocasionaban los prusianos, las que sumarían las reses robadas y las cosechas abandonadas con altivez de señorón diez veces millonario en cuya fortuna tantos desastres no lograban hacer mella. El señor Carré-Lamadon, precavido industrial, se había curado en salud, enviando á Inglaterra seiscientos mil francos, una bicoca de que podía disponer á cualquiera instante. Y Loiseau dejaba ya vendido á la Intendencia del ejército francés, todo el vino de sus bodegas, de manera que le debía el Estado una suma de importancia que haría efectiva en el Havre.

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su calidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, perteneciendo los tres á la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro

al meter las manos en los bolsillos del pantalón.

El coche avanzaba tan lentamente que no había recorrido aún, á las diez de la mañana, cuatro leguas. Habíanse apeado varias veces los hombres para subir, haciendo ejercicio, algunos repechos. Comenzaban á intranquilizarse, porque salieron con la idea de almorzar en Totes, y no era ya posible que llegaran hasta el anochecer. Miraban á lo lejos, con ansia de adivinar una posada en la carretera, cuando el coche se atascó en la nieve y estuvieron dos horas detenidos.

Aumentaba el hambre, perturbando las inteligencias; nadie podía socorrerlos, porque la temida invasión de los prusianos y el paso del ejército francés habían hecho imposibles todas las industrias.

Los caballeros corrían en busca de provisiones, de cortijo en cortijo, acercándose á todos los que veían próximos á la carretera; pero no pudieron conseguir ni un pedazo de pan, absolutamente nada, porque los campesinos, desconfiados y recelosos, ocultaban sus provisiones temiendo que al pasar el ejército francés, falto de víveres, cogiera cuanto encontrara.

Era poco más de la una cuando Loiseau anunció que sentía un gran vacío en el estómago. A todos los demás les ocurría otro tanto, y la invencible ne-